



El Eco de Cartagena

AÑO XXXII DECANO DE LA PRENSA LOCAL Núm. 9245

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

CONDICIONES

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. J. Ferrer, rue Daumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street.

SEMANA DE SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS DE REGIMEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 21.

JUEVES 25 DE AGOSTO DE 1892.

Museo Comercial.

Exposición permanente y venta en comisión de productos industriales.

Maquinaria para minería, agricultura y obras públicas.—Materiales de construcción.—Muebles.—Mayólicas hispano-árabes, pinturas y papeles para el decorado.—Cerámica y cristalería.

Precios fijos. Entrada libre. Puerta de Murcia. Pasaje de Cónesa.

DOCTOR USON.

Consultas de las enfermedades de los ojos y de la matriz.—Todos los días de 9 a 12.—Calle Mayor, 41, principal.

LA EDUCACION DEL HOMBRE

Por poco que fijemos nuestra atención en el conjunto armónico del universo, podemos obtener la convicción de que todos los seres inconscientes cumplen su misión.

Echada la semilla al suelo, su fecundador germen fermenta, echa el tallo, se engalana con follaje, ostenta su preciosa y balsámica flor, da su fruto, se seca y muere. Cumplió su misión. Esta es la marcha indefectible de todo ser inconsciente del universo.

Sólo el hombre, considerado rey de la creación, en fuerza de su libre albedrío y bajo la influencia de sus pasiones, no pocas veces, al cumplimiento de su misión, produciendo no sólo su perjuicio propio, sino que muchas veces un perjuicio y mal de tercero.

Y como unos estamos enlazados con otros, ya por simples lazos sociales, ya por fuertes e indisolubles lazos de amor, de ahí el que tengamos unos responsabilidad moral en los actos de los otros y, hablando particularmente a los padres de familia, me atreva yo a sentar que:

La educación es necesaria en el hombre.

Algunos creen que el acertado proceder y obrar del hombre consiste en la buena instrucción, y es un error, puesto que claudica por deficiente.

La instrucción ilustra sólo la inteligencia; la educación ilustra la inteligencia y cultiva las otras facultades: las corporales con la higiene, y las morales, motores de los actos del hombre. De modo que, la educación es algo más que la instrucción; es mucho más, es la que pone al hombre en actitud de obrar con responsabilidad y conscientemente, ya que la instrucción le deja obrar con conocimiento de causa y la cultura moral le impulsa a retraer de ejecutar la acción.

El hombre nace con la facultad del libre albedrío para querer ó no querer ejecutar un acto. Tiene, es verdad, el faro de la inteligencia para conocer lo bueno y lo malo, el derecho y el deber, lo que debe aceptar y practicar, así como lo que debe rechazar y omitir. Mas, junto con este faro luminoso, que podría perfectamente mostrar al hombre la senda que debiera seguir, tiene en su corazón un cúmulo de pasiones que le impulsan y arrastran á determinados actos con tal vehemencia que soban su razón, entablándose no pocas veces una fuerte lucha interna entre la razón y la pasión; en la cual no pocas veces ésta prevalece más que aquélla. De lo cual debemos deducir que, la inteligencia y pasiones influyen poderosamente sobre el libre albedrío del hombre, y que, por tanto, es preciso educar su conjunto moral de pasiones y libre albedrío para librarle, en su inexperiencia ó concupiscencia, de fatales actos de perdición.

Es preciso, pues, inculcar al hombre el amor á lo bueno, expresión de la verdad y belleza; el horror á lo malo, encarnación de lo injusto; animarle con estímulos de recompensa; enfrenarle con el peligro de afrentas, privaciones y castigos, y finalmente imbuirle la idea de que

el libre albedrío y libertad de uno termina donde empieza la libertad y libre albedrío ajenos, si queremos ver los nuestros respetados.

¿Quiénes son los médicos que nos da la sociedad para esta cultura?

La madre, ángel del hogar, el Sacerdocio y el Profesorado. Misión habilidosa la primera, compleja la segunda y difícil la tercera.

Esta cultura moral no es una imposición á nuestra libertad, es solo una medida preventiva ante nuestra inexperiencia, imprevisión ó ofuscación por nuestras pasiones; medida dictada por el amor de padres y superiores que, en fuerza de su experiencia, sienten para con nosotros. Pero dicha cultura tiene el carácter de consejo y no de imposición, puesto que, si despreciando sus sanos consejos de experiencia y amor, queremos gozarnos en el crimen, arrojando la frente libres somos, libres quedamos para ello.

Si tenemos derecho á la libertad de albedrío por naturaleza, tenemos también deber de respetar un derecho igual que reside en cada uno de los demás; este deber lo tenemos aceptado tácitamente al vivir en trato y contacto social. Sólo quedaríamos libres de tal deber si viviéramos en las selvas como irracionales, alejados de la sociedad. Pero entonces estaríamos expuestos á ser recibidos y tratados con un fusil, según nuestra conducta, al par de los animales salvajes dañinos. De lo cual debemos inferir que, si bien tenemos derechos por nuestro libre albedrío, también tenemos deberes, ya que derecho y deber son títulos correlativos.

En suma: si todos los seres inconscientes cumplen su misión y sólo la transgrede el hombre racional; si la instrucción y libre albedrío pueden sucumbir á las acometidas de las pasiones sin la educación y así alejarnos del bien; si donde hay derecho hay también deber por ser correlativas estas dos ideas; si el educar no es imponerse,

y coartar, sino prevenir por un exceso de amor y experiencia los tres órdenes de facultades del hombre, sin descuidar uno solo de los tres; debemos concluir que la educación es necesaria al hombre.

Por tanto, dignas son de encomio y gratitud las autoridades y padres que tienen en mucho la educación de la niñez, hombres del porvenir. Es necesario, es indispensable instruir; pero esto es insuficiente, es preciso educar á la vez, para tener generaciones felices y morales, arrebatadas á la desesperación, al cobarde suicidio, al horripilante crimen, á la traición, á la ingratitude, vicios tan frecuentes en esta vida de defecaciones: la educación verdadera que nadie abuse de otro, que nadie se vea objeto de abusos. Que las autoridades y padres mediten y abracen este problema que, aunque de tardío resultado, es de seguro éxito.

Haganlo así, y á buen seguro que, cuando la muerte arrebate en ellos á los Mentores el amor y el consejo de la generación, y los tropiezos de la vida embarguen y llenen de zarzales su senda social, no se cansarán de bendecir la sólida educación que le hayáis dado.

Es un deber por delegación en las autoridades el educar su generación creciente, pero es un deber ineludible en los padres, ya que no la trajeron á este mundo para rodearle de infelicidad, sino de la mayor felicidad posible. Esta no puede obtenerse sino con una educación completa y sólida.

Redondeadla y os bendecirá la patria, pero más que ésta, os bendecirán vuestros hijos, quiénes han de cerrar vuestros párpados con un ósculo de profunda gratitud y amor filial.

MODESTO MARTI.

COLABORACION INEDITA

LA SORPRESA.

Una esposa enamorada es una verdadera calamidad doméstica.

Conozco un marido, víctima del amor, que no puede salir solo á la calle, ni visitar á los amigos, ni leer los periódicos, ni cortarse el pelo; porque su esposa le cierra el paso diciéndole amorosamente: —No me dejes sola Severino. Ya sabes que sin tí, no puedo estar en ninguna parte.

Y el hombre entra en la peluquería con su mujer y la sienta al lado de la ventana para que no se aburra, mientras á él le embellecen el físico.

No son ellos precisamente los que influyen en el ánimo de la esposa amante para esclavizar á su marido.

Son los sacudimientos del amor insaciable, del entusiasmo ardiente y del egoísmo más refinado.

Muchas mujeres creen que los hombres han nacido para ser esposos exclusivamente, y que todo el que se casa contrae la ineludible obligación de estar casado á su esposa.

Para ellas no hay racionamientos posibles.

—Mira, Filomenita: voy á salir, dice su esposo con el mayor cariño posible: —Pronto vuelvo.

—¿A salir? ¿Y á donde vas? —Replico ella abriendo los ojos con espanto.

—Al ministerio de la Gobernación que me ha citado el ministro.

—¿Para qué?

—Para hablarme de elecciones.

—¿Pues yo te acompaño?

—¿Estás loca?

—¿Con que no quieres que vaya? ¿Con que desprecias á tu mujercita? ¿Con que te aburres á mi lado? ¿Qué desgraciada soy; ya no tengo encanto para tí; ya te es odiosa mi presencia. Rompe á llorar la esposa enamorada; el esposo procura devolverle la dicha prodigándole frases cariñosas y aquel paraiso de amor y ventura, se convierte en un infierno de reconventiones, quejas, llanto, desesperación y fieros males; hasta que el marido acaba por transigir llevando á su esposa hasta la portería del ministerio y dejan dola allí, conchada á la virtud de un portero anciano.

Menos mal cuando el marido siente hacia su mujer inclinación amorosa; porque hay hombre que se casa hoy y pasado mañana está de matrimonio hasta la coronilla. Para este el cariño de la mujer propia resulta una carga insoportable y cada vez que la oye preguntar: —¿Arturo ¿me quieres? le falta poco

mica más expresiva, la última clase de la sociedad. A Occidente empezaba la luna á asomar su disco de plata, en el cedro proseguía el grillo su perdurable canto.

caída la rica trenza de su sedoso cabello, en la derecha una palmatoria con la vela que les alumbraba, en la izquierda y sujetándolos contra su pecho para que le pesasen menos y no resbalaran, dos magníficos rieles de plata; pasaron por delante de la ventana, despacio, como quien va cargado; contentos, á la manera que lo está el que conlaga una larga tarea; descuidados porque en el interior de su casa, santuario del individuo toda el mundo lo está, y se perdieron de pronto quedando al sótano en tinieblas.

El último ruido que Sergio Valladares oyó, fue el de una llave girando en la cerradura, tras de lo cual sumióse todo en el silencio.

Entonces se incorporó rápidamente, sacó algo de bolsillo de la americana que puso delante de la ventana; hecho esto encaminóse con las mismas precauciones al pillar, asíóse á la cuerda como antes; valiéndose del pilar subió hasta el remate de éste, echóla fuera, y dispuesto ya á descender dirigió la postrer mirada al edificio, entregado al silencio la calma y el reposo.

Bajó con la ligereza y agilidad empleada para subir, y en cuanto su largo y flexible pie de mono pudo sentarse en la tierra, soltó la anudada cuerda y sacudió las manos, repitiendo una y otra vez el mismo carácter de todos los movimientos que hace en su misión.

Parecióle que la suya necesitaba confirmarse con alguna prueba, y buscó en su abono la que podía suministrarle en el acto la ohimenea que debía descollar en el tejado. Mas por mucho que se fijó alejándose un poco, buscando de Este á Oeste, no pudo ver cubrirla, hasta que al fin dando la vuelta en redondo al hotel hubo de hallarla en el extremo opuesto á la luz del sótano y completamente aislada.

Una vez hecho su descubrimiento, volvió á su sitio de observación.

El golpeo no había vuelto á oírse, pero la luz continuaba derramándose por la rejá sobre los geranios y claveles que tenía más cerca.

—¿Qué hacen ahí?—le preguntó Valladares singularmente preocupado con el descubrimiento.—¿Qué los ocupa en el sótano á tan avanzada hora de la noche? Tendrá Diego algún prisionero que sacraque los viajes, los negros, las galas y los bombarditos de su hermana la Micomicón?

Pegada la faz á la rejá, rozando, nada se movió en el alambrado, Valladares permaneció algunos segundos siempre fijos sus ojos en los arácnidos que dejaban escapar el tibio rayo de sus querubas á quebrarse en los rosales y guayacanes que crecían en la rama de un cedro, desventajado por el viento.